

5 postales de la generación Beat

Al cumplirse su 60 aniversario, recordamos la historia de una panda de vagabundos místicos, bellos asesinos, libertarios existencialistas y poetas que aullaron contra la moral burguesa de posguerra.

POR *Marcos Rebollo*

BEAT: LATIDO, GOLPEADO, VENCIDO, beatitud. Decenas de significados se imantan a estas cuatro letras que nombraron a una generación que, según el experto Bruce Cook, revalidó la tradición viajera y libertaria de las letras yanquis (de London a Twain o Melville), siendo hija de la Generación Perdida (años 20 y 30) y madre del movimiento hippie (60 y 70). La formó en los 50 una docena de vagabundos místicos y negadores espontáneos del *American way of life*; poetas furiosos que, con su cohorte de groupies, reventaron las costuras de un país encorsetado. Y fue, también, una generación polémica. Salvo el poeta Allen Ginsberg y el héroe *hipster* Neal Cassidy, los otros tres iconos (Kerouac, Burroughs y Corso) terminaron renegando de una etiqueta devoradora que este mes cumple 60 años, si tomamos como origen el artículo seminal que el *beatnik* John Holmes (autor de *Go*) escribió para *The New York Times* ("This is the Beat Generation") en noviembre de 1952. Escarbamos su historia, obras y personajes en 5 episodios fundamentales.

1. Orillas del río Hudson, Riverside Park. Manhattan, Nueva York 13-14 DE AGOSTO DE 1944

"Un día Al le dijo a Philip que había dejado el trabajo. —¿Y por qué hiciste eso, tonto del culo? —dijo Philip. —Quería pasar todo el tiempo posible contigo —dijo Al. —Eso es de idiotas. ¿De dónde vas a sacar el dinero?". ('Y los hipopótamos se cocieron en sus tanques', Jack Kerouac y William Burroughs, 2008)

Era una noche calurosa de verano y estaban jodidos. A Jack Kerouac (23 años) y Lucien Carr (19) les acababan de echar de un barco mercante con destino a Francia. Llevaban semanas preparando el viaje, creando los personajes que serían cuando, tras desembarcar en la costa francesa, llegarán a París en el momento de la liberación aliada. Borrachos, se encaminaron al West End, su bar favorito. Al rato Jack se fue a casa pero en la esquina se encontró con Dave Kammerer, un profesor de literatura de 33 años, amigo de William Burroughs, que había dejado su puesto en San Luis, enamorado del adolescente Lucien, y le había seguido hasta Nueva York. Todos eran amigos de la universidad de Columbia. Solían verse en bares o en casas, bailaban jazz, fumaban marihuana, charlaban sobre proyectos inconclusos e ideaban utopías. La que más éxito tenía era la Nueva Visión de Lucien, que proclamaba el advenimiento de una sociedad definitiva en la que todos serían artistas.

"¿Está Lucien?", preguntó Dave, como siempre ansioso cuando buscaba a su amor. "Dentro", respondió Jack. Y al poco Dave y Lucien (o como les gustaba decir, Verlaine y Rimbaud) marcharon dando un paseo hasta el Hudson. Se tumbaron en la zona de cananeo del Riverside Park y el mayor, por enésima vez ese verano, intentó besar al bello efebo. Éste se resistió y, tras un forcejeo, le clavó la navajita de boy scout que guardaba desde su infancia en San Luis. Pensando que estaba muerto en vez de inconsciente, le ató de pies y manos con los cordones, llenó de piedras sus bolsillos y le arrojó al Hudson. En vez de volver al colegio mayor donde vivía con Allen Ginsberg, fue a casa de Burroughs. Le dio el paquete de tabaco ensangrentado del ahogado y confesó llorando. William tiró el paquete a la basura y le instó a entregarse.

Amanecía cuando fue a buscar a Jack, que le acompañó ese día. Se deshicieron de las pruebas, fueron a bares, al cine y al MOMA. Al atardecer, Lucien partió a casa de su madre y luego se entregó. Pasó dos años entre rejas. Kerouac también pisó la cárcel, pero se casó con su novia Edie Parker para que sus padres pagaran la fianza. Ese invierno, William y Jack escribieron a cuatro manos una crónica existencialista y pulp contando estos hechos. Era la primera novela de ambos, y no consiguieron publicarla.

Con un "crimen de honor": así nació la Generación Beat.

2. Apartamento de Jack y Jane, 454 West 20th St. Manhattan, Nueva York 3 SEMANAS DE ABRIL DE 1951

"Brindemos por los locos, por los inadaptados, por los rebeldes, por los alborotadores, por los que no encajan (...) Los puedes citar, no estar de acuerdo con ellos, glorificarlos o vilipendiarlos. Pero lo que no puedes hacer es ignorarlos. Porque cambian las cosas. Empujan adelante la raza humana". (*En el camino*, Jack Kerouac, 1957)

Un día, el bello homicida Lucien Carr, que trabajaba de editor en la agencia United Press, le trajo un rollo enorme de papel de teletipo y a Jack

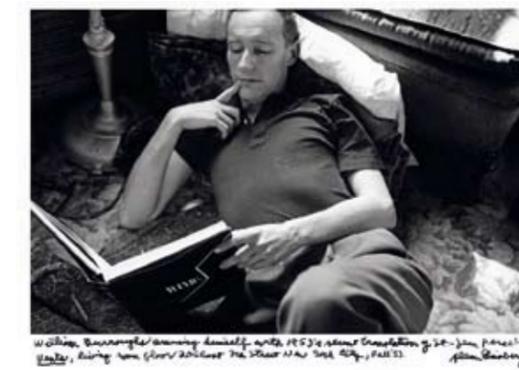
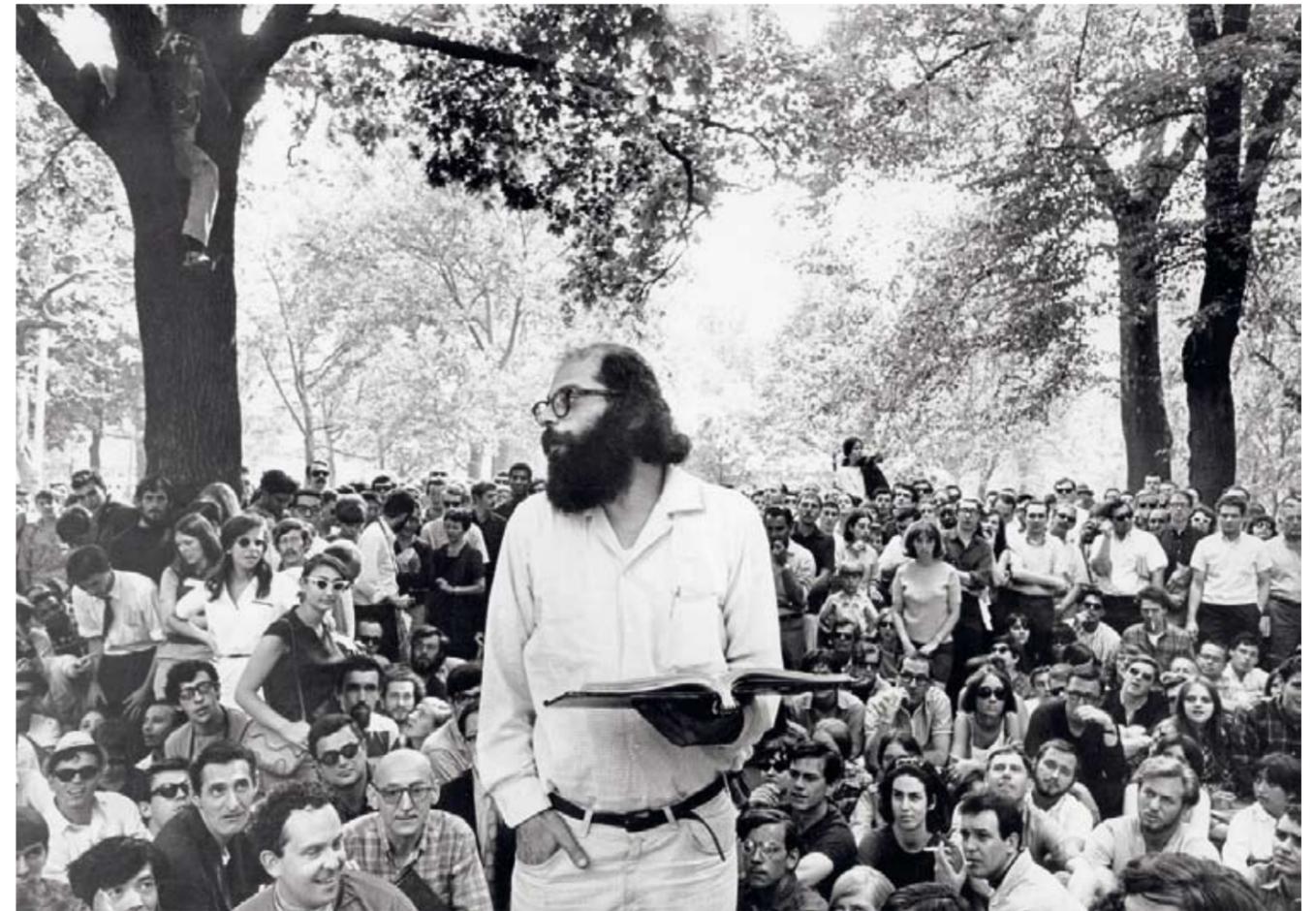
Kerouac le pareció genial. Así no perdería tiempo al cambiar de hoja, una idea con la que podría cumplir la promesa que le hizo a Neal Cassidy meses antes: terminar la crónica de sus viajes con él por Estados Unidos y México a través de una prosa espontánea, "como si escribiera a un amigo, de una forma que refleje la fluidez improvisatoria del jazz". Así lo hizo. Sin apenas comer ni dormir, alimentándose de litros de café que su segunda mujer, Joan Haverty, le iba posando en su mesa, tecleó en estado de éxtasis una media de 14.000 palabras diarias y en 20 días la terminó. El rollo medía 36 metros de largo.

Fue a casa de Burroughs, le dio el paquete de tabaco ensangrentado del ahogado y confesó llorando

Era un río lleno de palabras, una carretera con socavones de tinta, un ideograma zen del viaje mismo que había emprendido con Cassidy de 1947 a 1950, en las pausas de trabajos esporádicos. "Mordisco de perro", apuntó Jack a lápiz al final del manuscrito, pues el can de Lucien se merendó un trozo. Dice la leyenda que ese pedazo fue el único que el "Charlie Parker de las letras" volvió a escribir, negándose a tocar el texto durante los seis años de espera en los que su segundo libro saltó de una editorial a otra. En verdad, no esperó. En esos seis años, pese a caer en súbitas depresiones y largas borracheras, escribió diez novelas, algunas en Nueva York o en San Francisco, otras viajando. A todas partes iba con su libreta y su Underwood. A la manera del Walden de Thoreau concibió *Los ángeles de la desolación* en la soledad de un refugio en Desolation Peak, Seattle, trabajando como guardabosques. Y *Doctor Sax* la escribió en el retrete de la casa de Burroughs en DF, mientras él, desesperado, escribía *Marica*, y esperaba el juicio por haber matado accidentalmente a su mujer Joan Vollmer de un tiro un año antes (1951), mientras jugaban a Guillermo Tell durante una parranda etílica.

3. Six Galery, Union St. con Fillmore St. San Francisco (USA) 7 DE OCTUBRE DE 1955

"He visto a las mejores mentes de mi generación destruidas por la locura, famélicos, histéricos, desnudos/arrastrándose de madrugada por las calles de los negros en busca de un cólico pinchazo..." (*Aullidos y otros poemas*, Allen Ginsberg, 1957)



Entre libros y sábanas

Arriba, Allen Ginsberg lee uno de sus poemas a la multitud congregada en Washington Square Park, Nueva York, el 28 de agosto de 1966. A la izquierda, William Burroughs lee el libro *Vientos*, de Saint-John Perse, en el apartamento de Ginsberg en Nueva York, 1953. A la derecha, Neal Cassidy y una amiga en plena experimentación lisérgica en el otoño de 1964.

Lo que sucedió esa noche ha pasado a la mística de la ciudad como la Fiebre del Oro de 1848 o el terremoto de 1906. Wally Hedrick (un artista conceptual que diez años después hizo la primera denuncia artística contra Vietnam, pintando 50 lienzos de negro) convenció a Ginsberg para que organizara una lectura poética. Al principio se hizo el loco, pero cuando escribió la primera parte de *Aullido* en un fin de semana eterno entre su casa y el café Med (bajo el efecto de peyote para flipar, anfetamina para acelerar y dexedrina para no desfallecer), deci-

dió organizar el evento. Él y cinco jóvenes poetas frente a un aforo abarrotado de más de cien personas, casi todos chicos, trotamundos y bohemios con gafas de concha y libros asomando de los bolsillos. Jack Kerouac pasó la gorra y con la colecta de monedas de 10 y 25 centavos compró tres garrafas de Borgoña californiano. Ginsberg salió el anteúltimo. Nervioso, suspirando por Jack, fastidiado porque Gregory Corso no hubiera llegado a tiempo e intentando no pensar en su padre (que también fue poeta), gimió su largo poema dedicado a Carl Solo-

mon, con quien compartió manicomio, y robó el show.

La gente, ante su fraseo impulsivo con latido de bebop, gritaba exaltada "go! go! go!". Apenas fueron diez minutos. Pero míticos: el pistoletazo de salida del Renacimiento Poético de San Francisco, pórtico de la revolución hippie. Da igual que Capote le despreciara diciendo que una cosa era escribir y otra mecanografiar. Y da igual que Lawrence Ferlinghetti, dueño de la librería/editorial City Lights, fuera procesado por obscenidad al publicar el poemario al año siguiente.

Ganó el juicio. Ocho años después, también ganó el editor de *El almuerzo desnudo*. Ambas victorias marcaron el fin de la censura literaria en Estados Unidos.

4. Habitación 9 del hotel El Muniria, Rue Magellan, 1. Tánger (Marruecos)

MARZO-JUNIO DE 1957

“Ya veces un sujeto se echa a llorar como un niño porque no puede evitar eyacular cuando se lo follan”.
(*El almuerzo desnudo*, William Burroughs, 1959)

En la primavera de 1957, Burroughs ya no era “el hombre invisible”, como bautizaron los vecinos a ese demacrado fantasma vencido por la heroína que dos años antes, deslumbrado por la prosa del Paul Bowles tangerino, se había instalado en uno de los cuartuchos de un proxeneta que conseguía chicos para los turistas. Tras viajar a Londres para someterse al nuevo método del doctor John Dent con apomorfina, ese gentleman de 43 años mal llevados consiguió reunir fuerzas para vomitar a mano, tras empeñar su Remington, el final de una novela que se iba a titular *Interzone* (de International Zone, como se conocía a Tánger, epicentro artístico de escritores rebeldes), pero Kerouac

Ginsberg y Orlovsky tenían que ayudar a Burroughs con ese caos de páginas empapadas en mayúñ y eukodol

sugirió *El almuerzo desnudo*, “ese instante helado en el que todos ven lo que hay en la punta de sus tenedores”, y así se quedó. Jack investigaba los orígenes franceses de su familia. Vivieron juntos un mes en el hotel El Muniria, un mastodonte colonial que miraba a la bahía, donde cada mañana, desde el balcón de su habitación 9, William escrutaba con sus prismáticos para ver si en alguno de los barcos llegaban Allen Ginsberg y Peter Orlovsky, los otros dos amigos beat que habían prometido venir a ayudarlo con ese caos de páginas empapadas en mayúñ (hachís masticado) y eukodol, las dos únicas drogas que se permitía tomar por entonces.

A la vuelta, Ginsberg, ocasional amante y agente de su primera novela (*Yonqui*, 1952), no convenció a su editor de City Lights para que publicara ese marasmo onírico casi sin trama, atizado por visiones apocalípticas, microensayos psicológicos y monólogos interiores que bordean la locura. Pero durante esos meses reinó la paz entre los amigos. También se unió Gregory Corso, por quien William sentía celos al ver lo mucho que seguía atrayendo a Allen. Se bañaron en la playa, visitaron aldeas bereberes, pasaron por la Medina y discutieron de literatura como en los viejos tiempos de Columbia. Y, sin descanso, mientras Jack golpeaba su vieja Underwood, leían en voz alta y edita-

ban a ocho manos ese manuscrito dantesco de más de mil páginas, la “horda de palabras” que llamaba Burroughs y que también alimentó otras novelas suyas posteriores. Pero la transcripción no fue fácil. Kerouac, el más sensible del grupo, escribió en *Los ángeles de la desolación* (1965): “Por las noches tenía pesadillas horribles en las que me sacaban salchichas infinitas de mi boca, de mis entrañas, tirando y sacando todo el horror que vio y escribió Bill...”.

5. Beat hotel. Rue Gît-le-Cœur, 9. Barrio Latino, París (Francia)

OTOÑO DE 1957

“Motor de la historia Freno del tiempo Tú Bomba/ Juguete del universo Lo más grande Aquello arrebatado al cielo No puedo odiarte/ ¡Odia el travieso rayo la mandíbula de un asno?”.
(*Bomba*, Gregory Corso, 1958)

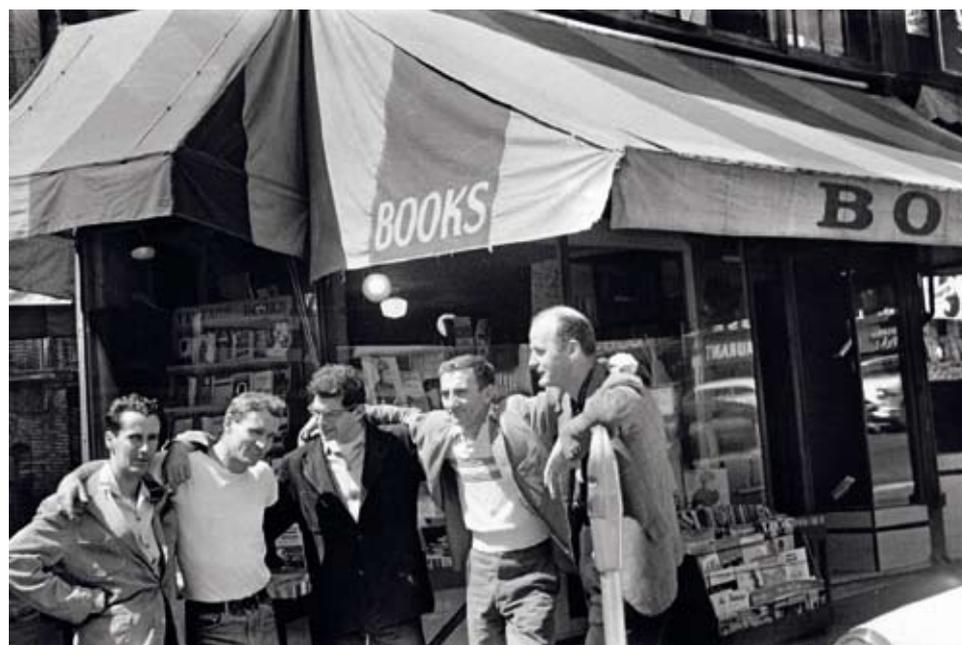
Estaba encima de un bar. Tenía un sola bañera para los 42 cuartos de sábanas raídas que Madame Rachou cambiaba una vez al mes. Era un hotelucho sin nombre, pero fue bautizado como Beat Hotel cuando Ginsberg y Orlovsky llegaron de Tánger al principio del verano. Luego se unieron Burroughs, Corso y otros artistas expatriados. Y como en el neoyorquino Hotel Chelsea años antes, prendió la magia en esa pensión que olía a coliflor hervida. Burroughs pergeñó un lúcido prólogo que servía de útil guía previa a ese colodón perpetuo que es *El almuerzo desnudo*. El pintor Brion Gysin le enseñó la técnica del *cut-up*, y junto a su amante Ian (un técnico al que William llamaba “mi asesor de sistemas”) intentó descifrar significados ocultos en su novela troceando grabaciones en cinta. William e Ian, mientras, inventaron la *Dreamachine*, un dispositivo que parpadeaba luces estroboscópicas. Mientras, en otro cuarto Ginsberg escribía *Kiddish*, su mejor poema tras *Aullido*, una sobrecogedora elegía a su madre muerta un año antes, tras pasar media vida en manicomios (Allen, a los 21 años, tuvo que firmar para que le hicieran una lobotomía). Y al otro lado de la pared, Corso, su antiguo amor, ultimaba *Bomba* (el poema favorito de Bob Dylan). Fue el más productivo de todos. Era el benjamín de los beatniks pero había publicado el primero. Huérfano, pasó su juventud en reformatorios y cárceles, donde se aficionó a la lectura. Ese otoño, tras pelearse con su editor de City Lights porque rechazó su *Bomba* (luego se arrepintió), se perdió por Europa en busca de su amante desaparecido. Visitó Roma y Atenas, vendió enciclopedias en Alemania, se emborrachó con Chet Baker en Amsterdam y recibió con Ginsberg un zapatazo en Oxford tras una lectura, pues los asistentes pensaban que *Bomba* era pronuclear. Y qué va, al contrario. Ellos, para demostrarlo, en otra lectura poética ya de vuelta en Estados Unidos, se desnudaron.

Pregunta: “¿Qué demuestran con su poesía?”.

Respuesta: “La desnudez”.

Pregunta: “¿Eso qué es?”.

Y ellos procedieron. ☪



LIBRERÍA DE CULTO. De izquierda a derecha, Bob Donlin, Neal Cassady, Allen Ginsberg, Robert LaVinge y Lawrence Ferlinghetti a las puertas de la librería y editorial City Lights, propiedad del último, en San Francisco, California.